CELOS

Y

QUID PRO QUOS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO FREIXA Y RABASÓ

MADRID
TIPOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA
15 — Almendro — 15

1889

CELOS

Y

QUID PRO QUOS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO FREIXA Y RABASÓ

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRÄS
N.º de la procedencia
5492.

MADRID
TIPOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA
15 — Almendro — 15

1889

Es propiedad del autor, y queda hecho el depósito que previene la ley.

A Carlos Alcázar.

Tú has sido uno de los pocos á quienes he dado á co-
nocer esta producción literaria, escrita en los pocos mo-
mentos que me dejan libre mis perennes ocupaciones de
estudio y redacción de trabajos puramente administrati-
vos, que son el reverso de la medalla de los del Teatro y
de las Musas; reminiscencias de mis primeros años, en
que tan sin fruto me dedicaba á rimar mis pobres pen-
samientos.

Ignoro si esta obrita vale algo; pero sí sé que no
peca de inmoral su argumento ni los conceptos que he
vertido para el desarrollo de la acción. Tampoco se me
oculta que no es de la clase de piezas teatrales que pri-
dan y que el público prefiere. Nada en ella de compar-
sas, canto flamenco, baile, exhibición de buenas ó ma-
las pantorrillas, chistes de color subido, equívocos no
siempre convenientes, y grandiosas decoraciones. Por esta
razón no he tenido interés en que se represente: me basta
con la satisfacción de haberla escrito, y con la no me-
nor de dedicártela como prueba del cariño que te profesa
tu viejo amigo,

Freixa.

725275

PERSONAJES

D. FRANCISCO RETAMAR, hermano de
ELENA, esposa de
LUIS.
MARÍA, sirvienta y novia de
JUAN.

ACTO ÚNICO

Habitación modesta. Á la izquierda dos puertas. Á la derecha mampara, y al fondo un balcón. Al centro del escenario un velador con quinqué y una palmatoria con vela, sin encender aquél ni ésta por ser aún de día al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA

LUIS y ELENA.

LUIS. *(Entregando á Elena una carta.)*
¿Conque mañana?
ELENA. Ya ves;
así lo dice.
LUIS. Me alegro.
¡Vendrá rico!
ELENA. Es muy posible:
hace doce años y medio
que marchó á Cuba, y allí
suele ganarse dinero;
y él, que no es tonto, presumo
que un capital habrá hecho.
LUIS. *(Pensativo.)*
¡Si fuera así!...
ELENA. No lo dudes.
LUIS. ¡Y aún se conserva soltero!
ELENA. Ni se casará jamás.
LUIS. ¿Qué sabes tú? Allá veremos
ELENA. ¡Casarse! Sí; bueno es él
para rendirse á Himeneo
después de las calabazas
que recibió ya hace tiempo.
Por eso se fue á la Habana
y en tantos años no ha vuelto.

LUIS. *(Siempre distraído.)*
Más vale así.
ELENA Eso digo:
si es rico y después le heredo
como es natural...
LUIS. *(Interrumpiéndola.)* ¿Tú sabes
quién se morirá primero?
ELENA. Es claro que no, mas Paco
no goza salud y es viejo.
¿No le conoces?
LUIS. No á fe.
ELENA. Tienes razón; ya recuerdo
que á los dos meses de irse
nos conocimos, y luego
nos casamos.
LUIS. *(Como apesadumbrado.)* ¡Nos casamos!
ELENA. ¿Lo dices con sentimiento?
LUIS. Con sentimiento no, mas...
ELENA. Acaba...
LUIS. Con ese genio
que tienes, me desesperas
y aburres, y ¡vamos! eso
de que á todos des palique,
me pone de un humor negro,
y el día en que yo me amosque...
ELENA. Son infundados tus celos.
LUIS. ¿Infundados?
ELENA. ¿Quién lo duda?
LUIS. ¡Elena!...
ELENA. No seas terco
y fía en mí que te amo
y cumplo mis juramentos.
LUIS. ¡Hum!!!... Mira...
ELENA. ¡Siempre lo mismo!
LUIS. No imagines que me duermo.
Ya sé que tienes palabras
muy buenas y malos hechos.
ELENA. Eso tú...
LUIS. ¡Tú!...
ELENA. ¡Tú!!
LUIS. *(En tono imperativo.)* ¿Callarás?
ELENA. Pero, Luis...
LUIS. *(Muy incomodado.)* ¡Pero infierno!...
ELENA. Eres insufrible.
LUIS. ¿Sí?
ELENA. Y loco de atar: los celos

te han trastornado el juicio
y acabarán por perdernos.

LUIS. *(Aparte.)*
Si la mostrara el retrato
que la encontré...
(En seguida saca uno del bolsillo y lo examina demostrando su desagrado y procurando cubrirlo con la palma de la mano para que Elena no lo vea.)

ELENA. *(Aparte.)* ¡Qué tormento!

LUIS. *(Dirigiéndose á Elena como resuelto á presentarla el retrato.)*
¡Mira y tiembla!... Pero no;
¡me voy!

ELENA. *(Cariñosamente.)* Ten juicio.

LUIS. Bueno:
no me esperes esta noche.

ELENA. ¿No volverás?

LUIS. Voy de trueno.

ELENA. ¡Qué costumbres!

LUIS. *(Incomodado.)* ¡El llavín!

ELENA. *(Entregándoselo.)*
Toma. *(Mucha amabilidad.)*
¡A Dios!

LUIS. *(Apoderándose del llavín y dirigiéndose á la puerta de la izquierda).* ¡Maldito viejo!

ESCENA II

ELENA *(encendiendo el quinqué).*

¡Pobre Luis! ¡Cuánto me quiere!
Si no fuera tan celoso,
sería el mejor esposo
del mundo, pero es fatal.
Siempre la duda en el alma
sin sosegar un momento,
sufriendo el duro tormento
de creerme criminal.
Y cuanto hago es inútil
para lograr disuadirle,
sin que pueda persuadirle
de mi cariño y virtud.
Y así se pasan los días,
las semanas y aun los años,
con sus recelos extraños
que le roban la salud.

ESCENA III

ELENA.—MARÍA

MARÍA. ¿Se marchó ya el señorito?
ELENA. Hace un momento.
MARÍA. Mejor.
ELENA. (*En tono de reprensión.*)
¡Muchacha!
MARÍA. Perdone usté
si esa frase la ofendió;
pero es sabido de todos
su constante mal humor
que la hace á usté desgraciada.
ELENA. ¿Qué tienes que ver tú?...
MARÍA. (*Turbada.*) Yo,
nada; pero es el caso...
ELENA. Me pones en confusión;
explícate.
MARÍA. Con sus celos,
siempre temiéndome estoy
que nos cause algún disgusto.
ELENA. ¡Bobada!
MARÍA. ¿Sí?
ELENA. No es su amor
de aquéllos que hacen temer
ninguna funesta acción.
¡Me ama tanto!
MARÍA. Sí, ¡ya... ya!
Si no fuera tan fiel yo,
con su cariño y su todo
hacia usted... ¡Qué malos son
los hombres!
ELENA. ¡María!
MARÍA. Digo:
ya está buen pez el señor;
pero conmigo... ¡en seguida!
ELENA. ¿Acaso?...
MARÍA. No tema, no,
que yo la falte, señora:
primero que hacer traición
á una ama tan bondadosa,
me colgara de un farol.
Ayer, sin irnos más lejos,
con insistencia me habló

de los celos que le acosan,
con un semblante feroz;
y después de convencerle
de que está en un grave error
sospechando de una santa
como usté, se permitió
requebrarme y....

ELENA. (*Interrumpiéndola.*) ¡Embustera!

MARÍA. Dije la verdad.

ELENA. ¡Qué horror!
¿Faltarme mi Luis así
con una fregona? No;
eso es mentira.

MARÍA. No lo es,
y aunque una sirvienta soy,
sepa usted que por mi culpa
no me paseo en landó.

ELENA. Estás loca por lo visto
y te perdono; en rigor
antes debí comprender
que has perdido la razón.

MARÍA. Trece años hace no más
que un caballero de pro
quiso conmigo casarse,
y rehusé una proporción
que muchas envidiarían.
No despreciaría hoy
un partido como aquél
aunque fuera un setentón.
Y mire usted, él tenía,
si al decirlo no mintió,
cuarenta años tan sólo,
con un amor ¡ay, qué amor!

ELENA. ¿Y no quisiste casarte?

MARÍA. Como lo he dicho pasó.
Otro hombre tuvo la culpa,
pues fingiendo una pasión
sin límites, le creí,
y después me abandonó.
¡Paciencia!

ELENA. Te estuvo bien.

MARÍA. A él debo mi perdición.
(*Aparte.*)
Si me atreviera á decirla
lo que don Juan me encargó...

ELENA. ¿Qué piensas?

MARÍA. (*Con resolución.*) Ayer, señora,
en la calle del Reloj,
un caballero muy rico
y buen mozo, me paró
y...
ELENA. ¿Qué? ¡Sigue!
MARÍA. Ya se ve,
como una es así...
ELENA. (*Interrumpiéndola.*) Tan sandia,
te hablaría de su amor
ofreciéndote la dicha...
riquezas... ¿no es eso?
MARÍA. No;
no, señora.
ELENA. ¿No? Milagro,
porque eso es ya de cajón.
Pues entonces te hablaría
de la China ó del Mogol.
MARÍA. ¡Cómo se burla usté!
ELENA. Es claro.
MARÍA. Toda su conversación
versó sobre usted.
ELENA. (*Admirada y en tono de reprensión.*)
¿Qué dices?
MARÍA. Yo, vamos; líbreme Dios
de sospechar, pero...
ELENA. (*Impaciente.*) ¡Acaba!
MARÍA. El caso es que me pidió
le proporcionara hablarla
para tener ocasión
de hacerla un obsequio.
ELENA. ¡Qué?
¿Supongo que ese señor
ignora que soy casada
cuando á tanto se atrevió?
¿Se lo dijiste?... ¡Contesta!
MARÍA. No, señora.
ELENA. ¡Bien por Dios!
¡Mentecata!
MARÍA. A la verdad
que falté sin intención.
No me dejó tomar baza...
ELENA. Concluye ya.
MARÍA. Me rogó
que no sospechase de él,
y en seguidita un doblón

deslizó en mi mano.

ELENA. ¡Hola!
¿Y lo admitiste!

MARÍA. El temor
de incomodarle me indujo
á no volvérselo.

ELENA. ¡Oh!
Ese acto le dará pie
para insistir. ¡Qué baldón!
Más como quiero terminen
tales coloquios, no hoy,
pero mañana sin falta
te buscas colocación
para otra casa; contigo
peligraría mi honor.

MARÍA. (*En tono suplicante.*)
¡Señorita!

ELENA. (*Con severidad.*) Ya está dicho;
se terminó la cuestión:
no hablemos más.

MARÍA. ¡Doña Elena!

ELENA. A tu quehacer.

MARÍA. Por favor;
perdóneme usté y la juro...

ELENA. Basta de conversación.
(*Se oye la campanilla de la puerta de la habitación que se supone hallarse por la parte exterior de donde está la mampara.*

MARÍA. Llaman.

ELENA. Sí; mira quién es,
pero sin abrir.

MARÍA. (*Va á salir.*) Ya voy.

ELENA. (*De pronto.*)
No; no me fío de tí:
iré yo y será mejor.

ESCENA IV

MARÍA.

Hoy que insensata creí
haber hallado un filón
de oro acuñado, me encuentro
desacomodada:
(*Se oye abrir la puerta de la escalera y en seguida hablar con animación y manifiesta alegría, aunque confusamente, hasta la terminación del monólogo.*)

soy
la mujer más sin ventura
que ha puesto en el mundo Dios.
No; pues á hallarme en el caso
de doña Elena, el señor
que es tan celoso, de fijo
me pagara su aprensión.
Y ahora recuerdo; mi novio
que en venir hoy se empeñó
exigiéndome dejara
abierto un poco el balcón,
será capaz de no hacerlo,
de abandonarme; eso no...
(*Abre las puertas vidrieras del balcón.*)
Voy á complacerle, así
pasará el tiempo veloz
estando á su lado.

ESCENA V

MARÍA.—ELENA.—D. FRANCISCO.

(*D. Francisco lleva en la mano un gran saco de noche y debajo del brazo una cartera de viaje. Aquél lo deja en el suelo delante del sofá y ésta encima del velador.*)

ELENA. Chico;
no te esperábamos hoy.
MARÍA. (*Aparte.*)
¡Con qué franqueza le trata!
D. FRANC. Lo presumo: mi intención
fue sorprenderos.
ELENA. Ya; ya;
bien lo has hecho.
MARÍA. (*Aparte como reflexionando.*)
Este señor...
no sé qué pensar... ¿será
tal vez?...
ELENA. A tu habitación,
María, y llévate eso.
(*Por el saco de noche y la cartera.*)
MARÍA. (*Tomándolo, y al tiempo de retirarse con ello como dudosa y pensativa.*)
¡Su mismo metal de voz!

ESCENA VI

ELENA y D. FRANCISCO.

D. FRANC. ¿Y Luis?
ELENA. Salió hace poco.
D. FRANC. Supongo que vivís bien.
ELENA. Cada día arma un belén
porque está de celos loco.
D. FRANC. ¡Diablo! ¡Mala señal!
Pues qué; ¿le das tu motivo?
ELENA. Yo en su obsequio me desvivo,
más él...
D. FRANC. Es un animal;
comprendido; y lo peor
será tal vez que te ama
y le distrae otra dama
pará amenguar su dolor.
ELENA. No lo creas; no es capaz
de faltarme hasta ese punto.
D. FRANC. Pues pasemos á otro asunto
y conversemos en paz.
¿Está empleado?
ELENA. Cesante
hace dos años; ya ves,
cayeron los suyos y es
natural, al instante
dimitió su buen destino.
La política...
D. FRANC. ¡El demonio!
¿Quien le manda á ese bolonio
cometer tal desatino?
¡Política aquí en España!
¡Qué primo! En este país
debiera saber Luís
que siempre á los buenos daña.
En cambio los ambiciosos,
los intrigantes, la explotan,
y agítanse y alborotan
echándola de colosos.
Así se ven zascandiles
audaces y sin talento,
que se encumbran al momento
con las discordias civiles.
Y no es de nadie un misterio;

al tonto que cae en gracia,
es muy común por desgracia
verle aquí en un ministerio.
Pero el hombre que es modesto,
aunque el talento le sobre,
si es pobre, morirá pobre,
siempre á serviles pospuesto.
Yo le diré á tu marido
lo que hace al caso; no quiero
que le llamen majadero
por consagrarse á un partido.
Vida nueva desde hoy,
y puesto se halla en el ocio,
yo le impondré en un negocio
que ha tiempo incubando estoy.
¿Es listo?

ELENA. Mucho...

D. FRANC. ¿Y honrado?

ELENA. Con exceso.

D. FRANC. Bien; muy bien.
¿Y joven?

ELENA. Sí, lo es también.

D. FRANC. Será feliz á mi lado;
ya verás.

ELENA. ¡Si Dios quisiera!...

D. FRANC. ¿No ha de querer, criatura?
Me he empeñado en su ventura
y será lo que yo quiera.

ELENA. ¿Según eso estás muy rico?

D. FRANC. Bastante y me hallo soltero.
No sé qué hacer del dinero
y á negocios me dedico.
Hoy á prevención de apuros
y para alivio de males,
traigo un millón...

ELENA. *(Interrumpiéndole.)*
¿De reales?

D. FRANC. No, hermana: de pesos duros.

ELENA. ¡Jesús! Parece increíble:
solo el oirlo me asombra.

D. FRANC. Me fuí con la mejor sombra
que imaginar es posible.

ELENA. ¿Y piensas volver á allá?

D. FRANC. No por cierto.

ELENA. (*Alborozada.*)
¡Qué fortuna!

Haces bien.

D. Franc. Sin duda alguna
estaré mejor acá.

Elena. Y vivirás con nosotros;
¿sí, Paco?

D. Franc. ¿Qué duda tiene?
Se entiende; si eso os conviene
y veo paz en vosotros,
porque de no, me las lío;
ya lo sabes.

Elena. No hay cuidado.

D. Franc. ¿Pero dónde está el cuñado?

Elena. De tertulia con su tío.
(*Aparte.*)
No hay remedio, he de mentir.

D. Franc. Bastante tarde retira.

Elena. (*Aparte.*)
Diremos otra mentira.
(*A él.*) No tardará ya en venir.

D. Franc. (*Encendiendo un puro.*)
Sin embargo; no le espero.
pues tengo que descansar.
(*Deja el puro en el velador.*)

Elena. Podrás conmigo cenar
si te parece.

D. Franc. No quiero;
comí muy bien hace poco
y no me sobra apetito.

Elena. Algo tomarás.

D. Franc. Repito
que nada.

Elena. ¿Ni un té?

D. Franc. Tampoco.
Dispón que arreglen mi cama,
que estoy durmiéndome ya,
y mañana Dios dirá.
(Elena tira del cordón de la campanilla.)

ESCENA VII

Elena.—D. Francisco.—María.

María. ¿La señorita me llama?
(*Fijándose mucho en D. Francisco, y aparte.*)
Este señor...

Elena. Si, María.

María. ¿Que manda usté? *(Ap.)* Este señor...

ELENA. El gabinete mejor
para mi hermano.
MARÍA. *(Aparte y como dudando.)*
Diría...
ELENA. Los dos colchones mejores
para su cama, y tres mantas:
¿entiendes?
D. FRANC. *(A Elena.)* ¿Para qué tantas?
ELENA. *(A María haciendo caso omiso de la pregunta.)*
Y la colcha de colores.
MARÍA. Voy á disponerlo todo.
(Volviendo á fijarse mucho en D. Francisco y aparte.)
¡Es singular!...
ELENA. *(A María.)* ¿Aún aquí?
(A D. Francisco en voz baja.)
Mucho se fija ella en tí.
D. FRANC. ¿En mí?
ELENA. ¡Pero de qué modo!
(Ap.) Me llama ya la atención.
MARÍA. *(Ap.)* No hay duda, es él: ¡sí, lo es!
ELENA. *(A D. Francisco, bajo también.)*
Te mira con interés.
D. FRANC. ¡Vaya una necia aprensión!
ELENA. *(Siempre en voz baja.)*
No crees, y sin embargo...
(Aparte.)
Les dejaré aquí á los dos
y...
(A D. Francisco alto en demanda de irse.)
Vuelvo.
D. FRANC. ¿Te vas?
ELENA. Sí; adiós,
yo de tu cama me encargo.

ESCENA VIII

D. FRANCISCO Y MARÍA.

MARÍA. *(Dirigiéndose á D. Francisco.)*
Don Francisco Retamar...
D. FRANC. *(Sorprendido y sin fijarse en ella.)*
¡Hola! ¿Tú aquí todavía?
MARÍA. ¿Olvidó usted á María,
la rubia de Colmenar?
D. FRANC. *(Fijándose en ella y admirado.)*
¡Dios mío! Sí, la olvidé,
y ahora que llego á mirarte,

ignoro si vuelvo á amarte
ó si te odio..... ¡no sé!

MARÍA. Ya ve usted mi situación.

D. FRANC. La tienes bien merecida
por tu insensata partida
que dió muerte á mi ilusión.
Te amaba con desvarío
y tú de mí te burlaste:
recuerda que me dejaste
con el corazón vacío.
Acuérdate que mi amor
exento estaba de dolo,
y que por tí, por tí solo,
no lo bendijo el Señor.

MARÍA. *(Con mucha humildad é hipocresía.)*
Yo nunca le olvidé á usted
y aún me conservo soltera:
si usted casarse quisiera...

D. FRANC. ¿Casarme yo? ¿Y para qué?
Después de los desengaños
que en este mundo he sufrido,
sin el juicio perdido
y á la postre de mis años,
¿crees posible, María,
que el desatino cometa
de entregar á una coqueta
mi mano que ya está fría?
Yo haré por ti lo que pueda,
pero casarme... ¡jamás!

MARÍA. Piense usté...

D. FRANC. No insistas más.

MARÍA. ¡Ingrato!

D. FRANC. (*Aparte.*) ¿Hará aún que ceda?
(*A María incomodado*).
¡Déjame!

MARÍA. Bien; ya me voy.
¡Ay! (*Con un suspiro prolongado.*)

D. FRANC. (*Con tono imperativo.*)
¡Pronto!

MARÍA. Tenga usté calma.

D. FRANC. (*Aparte.*)
Me tiene embargada el alma.

MARÍA. (*Aparte también marchándose.*)
Me ama... ¡segura estoy!

ESCENA IX

D. Francisco.—Elena

Elena. Cuando quieras.
D. Franc. En seguida,
pues tengo en dormir empeño
por ver si me roba el sueño
la imagen de mi querida.
Elena. ¿Aún la recuerdas?
D. Franc. Ahora,
en este mismo momento,
dejo de oir el acento
de esa mujer seductora.
Elena. Entonces es...
D. Franc. Tu sirvienta:
hallazgo casual.
Elena. ¿Y tu?...
D. Franc. (*Interrumpiéndola incomodado.*)
¡Por vida de Belcebú!
¿De todo he de darte cuenta?
Acompáñame á mi cuarto
pues no conozco la casa.
(*Meditabundo y con tristeza.*)
¡Cómo ha de ser!
Elena. (*Cariñosamente.*) ¿Qué te pasa?
D. Franc. Estoy de preguntas harto.
Elena. ¡Pero, hombre!
D. Franc. Pero, mujer,
¡qué pesada estás!
Elena. Ya ceso;
sentiría que por eso
te llegaras á ofender.
D. Franc. ¿Me guías?
Elena. Con mucho gusto.
(*Toma el quinqué de encima del velador y se dispone á salir.*)
Ven conmigo; no te irrites.
D. Franc. Es necesario que evites
ocasionarme un disgusto.

ESCENA X

JUAN.—MARÍA.

(*Al tiempo de retirarse Elena y D. Francisco, asoma Juan la cabeza por las puertas vidrieras del balcón y penetra en la escena andando á tientas con mucho cuidado para no tropezar con algún mueble y hacer ruido. Al poco rato sale también María, y anda á tientas como Juan.*)

JUAN. (¡Retebién! Ya al fin subí
y retozaré con ella:
no es muy joven, pero es bella.
Se acerca alguno hacia aquí
según parece... observemos...
nada... pararon los pasos:
lo de siempre; en estos casos
á cualquier cosa tememos.)

MARÍA. (Siendo tan grande su afán
y el cariño que le incita,
no ha de faltar á la cita
por nada del mundo Juan.)

JUAN. (Pues señor, se halla esto obscuro
y no sé por donde voy.)

MARÍA. (No tardará.)

JUAN. (Por quien soy
que no es muy flojo el apuro.
Si tarda mucho en salir
me luzco... ¡Yo, que creía
que ansiosa me aguardaría
sabiendo que iba á venir!)

MARÍA. (He sentido respirar:
¡qué bueno fuera el percance
si me hallara en este lance
el señor de Retamar!)

JUAN. (Sin luz...)

MARÍA. (No me disgustara
que viniera tras de mí;
entonces...)

JUAN. (*Bajo.*) ¿Quién anda ahí?

MARÍA. Soy yo.

JUAN. Me alegro.

MARÍA. Repara
que hemos de hablar muy quedito
para evitar nos sorprendan.

JUAN. ¿Temes tal vez que me prendan
sin cometer un delito?
Es tan común el amor
que no hay ley que lo castigue;
y si alguno lo persigue,
ese... lo siente mejor.
Dame la mano.

MARÍA. ¿A qué objeto?

JUAN. No temas; ya sabes qué
con un beso que la dé
me basta.

MARÍA. ¿Sí?

JUAN. Lo prometo.

MARÍA. Pues toma y sé juicioso.
(*Juan toma la mano de María y la besa repetidamente con transporte.*)
¡Chico! ¡chico!
(*Trata de retirar la mano y Juan no la suelta.*)

JUAN. No; es en vano.

MARÍA. (*Forcejeando para retirarla.*)
¡Pero suéltame la mano!

JUAN. ¿No he de ser pronto tu esposo?
(*Suelta la mano de María y hace ademán de cogerla por la cintura.*)
Ya verás como...

MARÍA. (*Separándose con rapidez.*)
¡Atrevido!
Si continúas me alejo
y aquí solito te dejo;
conque ya estás advertido.
¡Pues no faltaba otra cosa!

JUAN. María, por Dios...

MARÍA. Lo dicho.

JUAN. ¡Ingrata!

MARÍA. ¡Vaya un capricho!
¿Qué hicieras á ser tu esposa?

JUAN. Entonces ni un solo instante
me apartara de tu lado,
y fuera tan buen casado
como soy leal amante.

MARÍA. ¿De veras?

JUAN. Como lo dije:
expresé la verdad pura,
y el no poder hoy, me apura,
me desespera y aflige.

MARÍA. Nunca te faltan pretextos

para aplazar ese día,
y es que no quieres.

JUAN. María;
me agravias con tus supuestos.
Es mi estrella tan ruín,
que, por más que lo procuro,
no llegaré de seguro
á dar á mis penas fin.
Si yo tuviera dinero
ó un destinillo siquiera...

MARÍA. ¡Ojalá!

JUAN. De otra manera
me toca seguir soltero.
Para pasar privaciones
no es conveniente casarse
y es necesario pasarse
sin placeres ni ilusiones.
La culpa tú en parte tienes.

MARÍA. No sé por qué.

JUAN. Es muy sencillo:
¡si hicieras algún ahorrillo!...

MARÍA. ¡Con qué embajada me vienes!
Tres duros al mes me dan,
y con tan poca soldada
no me basta para nada
pues en calzado se van.

JUAN. Es verdad.

MARÍA. Y esa pobreza
voy á perderla.

JUAN. (*Sorprendido.*) ¿Qué dices?

MARÍA. Que somos muy infelices,
y todo por mi torpeza:
me han despedido.

JUAN. ¡Mal haya!
¿Y por qué?

MARÍA. Por nada apenas.

JUAN. Pues señor, sigan las penas;
¿pero te irás pronto?

MARÍA. ¡Vaya!...
(En esto se oye meter con mucho cuidado la llave en la cerradura de la puerta de entrada á la habitación.)

JUAN. (*Inmutado.*)
María, ¿Oyes?

MARÍA. Sí, ¡chito!

JUAN. (*Receloso.*)

¿Puedo saber?

MARÍA. (*Cogiéndole del brazo y arrastrándole tras de sí.*)
Luego, luego;
vente ahora.

JUAN. A tí me entrego,
pero dime...

MARÍA. (*Interrumpiéndole.*) ¡El señorito!
Escóndete aquí en seguida
y no resuelles.

JUAN. (*Metiéndose debajo del sofá.*) Corriente.

MARÍA. (*Al marcharse.*)
Sobre todo sé prudente
si quieres salvar la vida.

ESCENA XI

JUAN, debajo del sofá, Y LUIS.

(*Al entrar Luis, que lo hace de puntillas y con mucha precaución, enciende una cerilla y con ella la vela de la palmatoria que se halla encima del velador.*

LUIS. Ya es imposible dudar;
era el acento de un hombre
lo que oí: no sé su nombre
pero sé que aquí ha de estar.
Él no ha podido escapar,
y le tengo de coger
aunque el mismo Lucifer
se empeñara en ocultarlo:
y, ¡por Dios que he de matarlo
á la par que á mi mujer!
¡Ella de falacia llena
con otro aquí?... ¡Vive Dios
que son villanos los dos!
Elena y él... ¡Él y Elena!
Horrible será mi pena
cuando vea en sangre rojos
los maldecidos despojos
de esa mujer que aun adoro...
¡Dios mío! ¡Tu gracia imploro!
¡Da lágrimas á mis ojos!
(*Momento de pausa en que parece Luis abstraído con una idea que le tortura.*)
Cuando el cerebro batalla
con duda tan espantosa
que hace la vida horrorosa,

la conciencia se encanalla
y el corazón de ira estalla.
(*Pausa otra vez y meditación de Luis.*)
¡Oh, qué funesto baldón!
¿Virtud, Elena? ¿Pasión
ella que tan bien la inspira?
¡Mentira todo, mentira!
¡Ilusión, pura ilusión!
(*Se sienta en el sofá y colocándose la mano en la frente, continúa.*)
Si yo llorar consiguiera
hiel de mis ojos brotara,
y algún alivio encontrara
que á mi estado conviniera.
¡Elena!... ¡De qué manera
tan villana te portaste!
¿Por qué de amarme dejaste
queriéndote tanto y tanto?
¡Qué terrible desencanto
ver que de mí te burlaste!
(*Se levanta, coge la palmatoria y empieza á registrar el escenario. Juan saca la cabeza y vuelve á retirarla en seguida temeroso de que le vea Luis.*)
El infame seductor
se oculta bajo este techo
y acaso en mi propio lecho...
¿Él en mi lecho? ¡Qué horror!
Yo encontraré á ese traidor...
(*Parándose asombrado delante del balcón.*)
¿Qué miro? ¿Cómo está abierto?
(*Pausa instantánea.*)
¡Ha huído ya!... ¡Cierto! ¡Cierto!
Se explica por qué ella quiso
que arrendase el primer piso...
¡por el balcón que da al huerto!
(*Anda un momento meditabundo y después de dejar la palmatoria encima del velador, exclama con ira:*)
¡Maldición! ¡Un puro aquí?
(*Se apodera del que dejó D. Francisco.*)
¡Un habano! ¡Dios me asista!
¿Será ilusión de la vista?
¡No, no lo es, pesia á mí!
(*Arroja el puro con rabia.*)
¡Tiembla, Elena; tiembla, sí!
Es tan horrible mi enojo,

(apodérase del velador)
que así como el mueble cojo
y arrebatado lo estrello,
(lo hace con furia)
te he de aferrar por el cuello
y estrangularte á mi antojo.

ESCENA XII

ELENA.—DICHOS.

ELENA. *(Presentándose de pronto azorada.)*
¿Qué ruido es ese, Luís?
LUIS. *(Aparte.)* Voy á ver si me domino.
(A ella.) No sé... ya ves, llego ahora.
ELENA. Te miro muy intranquilo,
desfigurado, ¿qué tienes?
LUIS. *(Con manifiesto mal humor.)*
¡Déjame!
ELENA. ¡Pero, Dios mío!
¿No puede saber tu esposa
que te ocurre?
LUIS. ¡Calla digo!
ELENA. *(Levantando del suelo el velador que rompió Luis y arrimándolo á un ángulo de la escena..*
Has destrozado este mueble
y he de saber el motivo.
LUIS. ¡Infame!
(Juan asoma la cabeza y la retira en seguida.)
ELENA. *(Con dulzura.)* Repórtate
y dime que ha sucedido.
JUAN. *(Sacando la cabeza.)*
(Mal resultado preveo.)
LUIS. *(Aparte.)* Dudo cuanto más la miro.
ELENA. ¿No me contestas?
LUIS. ¡Traidora!
tiembla si la causa digo.
ELENA. ¿Celos tenemos?
JUAN. *(Con la cabeza fuera del sofá.)*
(Adios;
ahora la rompe el bautismo.)
LUIS. ¿Celos dices? ¡Realidades!
ELENA. Deliras va; ya está visto.
¡Siempre la misma canción!
LUIS. Bien sabes que no es delirio,
supuesto que hace un instante
te hallabas en este sitio

con otro hombre.

ELENA. ¿Sí? ¿Y qué?

LUIS. *(Asombrado y con ira.)*
¿Lo confiesas?

ELENA. No hay motivo
para negarlo; si quieres
puedes hablarle ahora mismo.

LUIS. Entonces...

ELENA. Se halla aquí en casa
probablemente dormido.

LUIS. ¿El en mi casa?

ELENA. En tu casa.

LUIS. ¿Quieres sacarme de quicio?

JUAN. (Ahora lo comprendo menos.)

ELENA. Estás de celos perdido.

LUIS. *(Arrojándose colérico hacia ella que echa á correr para evitar caer en sus manos.)*
¡Vas á morir!

ELENA. *(En voz muy alta.)* ¡Asesino!
¡Socorro! ¡Socorro!

LUIS. *(Al tiempo de alcanzarla y cogerla.)*
¡Infiel!
Hoy purgarás tu delito.

ESCENA XIII

LOS MISMOS.—D. FRANCISCO.

(D. Francisco sale en mangas de camisa, gorro de dormir y zapatillas.)

LUIS. *(Al ver á D. Francisco y sin soltar á Elena.)*
¡Horror!

D. FRANC. ¿Qué es eso?

ELENA. *(Desprendiéndose de Luis y colocándose detrás de D. Francisco.)*
¡Socorro!
Luis me quiere matar.
¡Está loco!

LUIS. *(Mirando con reconcentrada ira á D. Francisco.)*
¡Miserable!

D. FRANC. *(Aparte.)*
De fijo que loco está.
(A Luis.)
¿Puede saberse el motivo
de una acción tan criminal
con una mujer modelo
de esposas?

¿Y aún preguntais
vos el amante de Elena?

D. Franc. (*Riéndose estrepitosamente.*)
¿Yo el amante? ¡Ja, ja, ja!

Luis. (*Dirigiéndose hacia él en ademán hostil.*)
¿Os reis? ¡Oh!

D. Franc. (*En tono solemne.*)
Para y oye.
(*Luis se queda como petrificado.*)
¿Y quién no se reirá
al escuchar de tu boca
tamaña barbaridad?

Luis. ¿Quién sois, pues?

D. Franc. ¿Quién soy? Un hombre
que has hecho ruborizar
al ver que infamas á Elena
su hermana: ¿lo sabes ya?

Luis. (*Muy confuso.*)
¿Vos?

Elena. (*Con suma amabilidad y dulzura.*)
Sí, Luis.

Luis. (*Turbadísimo.*) Pero si yo
oí en esta sala hablar
á un hombre y...

Elena. ¡Vaya un empeño!

Luis. Pues cree, Elena; es verdad.

Elena. ¡Dale!

D. Franc. Termínese esto
y procurad que haya paz.
(*A Luis.*)
¿Qué hombre ni que demonio
tenías que oir acá,
si yo me hallaba allí dentro
durmiendo como un gañán?

Luis. No digo que no, más digo...

Elena. (*Interrumpiéndole.*)
Otro desatino más,
de seguro.

Luis. Callaré
si os empeñáis.

D. Franc. Basta ya
de tonterías y hablemos
de cosas que importan más.

Elena. Ese delirio constante
ya no se puede aguantar.

D. Franc. (*A Elena.*)

Calla tú.

ELENA. Callo por tí,
que por él...

JUAN. *(Asomando la cabeza.)* (Aún volverán.)

LUIS. *(A Elena.)*
Confieso que he sido un necio
sospechando de ti mal.

ELENA. ¿Pero por qué las sospechas?
explícate.

LUIS. (*A Elena.*) Te reirás
de fijo, si te lo cuento.

D. FRANC. Díselo.

LUIS. Pues allá va.
(*A D. Francisco.*)
Tu propio retrato ha sido
el causante principal,
pues al hallarle en su cofre
creí que era de un galán.

ELENA. ¿De veras?

LUIS. Como lo oiste.

D. FRANC. ¡Jesús que bestialidad!

LUIS. *(Entregando el retrato á D. Francisco.)*
¡Mira el cuerpo del delito!

D. FRANC. ¡Y parecido que está!

ELENA. ¡Me lo quitaste!...

D. FRANC. (*Entregándoselo á Elena.*) Ahí lo tienes;

LUIS. nunca hubiera yo hecho tal.
¡Me avergüenzo!

D. FRANC. Se comprende.
(Transición.)
Me ha dicho Elena que estás
cesante.

LUIS. Por mi desgracia
dos años cumplieron ya.

D. FRANC. Yo me he propuesto vivir
en Madrid, y hacer jugar
mis inmensos capitales
en negocios que tú harás
si eres laborioso y probo,
y me prometes formal
abandonar la política
que no has de necesitar.

LUIS. Como tú quieras.

D. FRANC. Muy bien.

LUIS. Manda y obedezco.

D. FRANC. Hay más.

Yo viviré con vosotros
si veo que tenéis paz,
pero de no, he de advertiros
que os dejaré.

LUIS. Bien está.

ELENA. *(En tono de duda.)*
¡Luis!...

LUIS. Mujer, te lo juro
con toda sinceridad:
no más celos.

ELENA. Si eso fuera...

LUIS. Pues no lo dudes, será

JUAN. *(Volviendo á sacar la cabeza.)*
(Me reviento por toser
y no me puedo aguantar.)
(Tose estrepitosamente y todos se sorprenden.)

D. FRANC. ¿Qué es eso?

LUIS. ¿Oísteis?

ELENA. *(Dirigiéndose al sofá.)* Aquí;
cogedle.

JUAN. *(Aparte.)* ¡Dios de bondad!

LUIS. ¡Un hombre oculto en mi casa?

D. FRANC. Quien quiera que seas, sal. *(Sale.)*

ESCEEA XIV

D. FARNCISCO.—LUIS.—ELENA.—JUAN.

LUIS. *(A Elena con aire amenazador.)*
¡Tu cómplice!

ELENA. *(Con perfecta tranquilidad y con cierto sarcasmo.)*
¿Sí? ¡Un ladrón!

D. FRANC. ¿Cómo te llamas?

JUAN. Yo, Juan.

D. FRANC. ¿Qué hacías ahí?

JUAN. Escucharos
por pura necesidad.

D. FRANC. ¿Quién eres?

JUAN. Un pobre diablo
que nunca tuvo un real.

LUIS. Habrás venido á robarnos;
¿no es esto?

ELENA. Sin duda.

JUAN. ¡Cá!

D. FRANC. No mientas.

LUIS. Confiesa.
JUAN. Estais
en un error.
D. FRANC. ¿Cómo, pues,
te hallabas bajo el sofá?
JUAN. (*Turbado.*)
Porque... porque...
LUIS. (*Con marcada impaciencia.*) Dilo presto.
D. FRANC. Nada temas.
JUAN. Escuchad.
LUIS. (*Aparte y como receloso todavía.*)
Estoy ansioso.
(*A Juan.*) ¿No hablas?
JUAN. Hace un año, ó poco más,
que trato con la María
vuestra criada; pero hay
la maldita circunstancia
de no podernos casar
por temor de que nos falte
para sustentarnos pan.
(*Pausa breve.*)
D. FRANC. Continúa.
JUAN. Ayer mañana
nos vimos en un portal,
y la dije que esta noche
vendría con ella á hablar,
exigiéndola dejase
abierto el balcón.
LUIS. (*Con visible satisfacción.*) ¡Ah! ¡Ya!
JUAN. Me lo prometió y lo ha hecho;
esta es la pura verdad.
Cuando vino el señorito
nos espantamos, y ¡zás!
ella se metió por dentro
y yo debajo el sofá.
D. FRANC. ¿Conque en resumidas cuentas
hace tiempo que os amáis
y no podéis enlazaros,
con sobra de voluntad,
por carecer de recursos?
JUAN. Eso ni menos ni más
nos pasa.
D. FRANC. Se me figura
que faltas á la verdad.
JUAN. (*Haciendo la señal de la cruz con los dedos y besándola.*)

Por esta cruz que no miento.

D. FRANC. (*A Elena.*)
Llama á María.

ELENA. (*Tirando el cordón de la campanilla.*)
Ya está.

ESCENA XV

DICHOS.—MARÍA.

D. FRANC. María, vamos á ver:
¿conoces á ese señor? (*Señalando á Juan.*)

MARÍA. ¡Vaya!

D. FRANC. ¿Le tienes amor?

JUAN. (*Aparte.*)
¡Pues no!

ELENA. Contesta, mujer.

D. FRANC. ¿Te quieres con él casar?

MARÍA. Yo por mí...

D. FRANC. Claro, María.

MARÍA. Yo por mí me casaría,
pero él...

JUAN. Dejadme hablar.

D. FRANC. Puedes decir cuanto quieras.

JUAN. (*Dirigiéndose á D. Francisco.*)
Yo la quiero; ella lo sabe,
pero negocio tan grave
hay que pensarlo de veras.
De decírselo estoy harto;
tiempo hace ya que deseo
el estado de Himeneo,
mas no dispongo de un cuarto;
y entiendo fuera tontuna
digna de afanes prolijos,
exponerme á tener hijos
con tan menguada fortuna.

MARÍA. (*A Juan.*) Ya eres tú bueno.

LUIS. (*Aparte.*) ¡Qué pieza!

JUAN. (*A María.*)
Dije la verdad no más.
(*A D. Francisco.*)
¿No es cierto?

MARÍA. (*A Juan.*) ¡Buen zorro estás!

JUAN. (*A María.*)
Hablo con toda franqueza.

D. FRANC. Si he de decir lo que siento,
diré, á pesar de María,

que á ser yo Juan, obraría
con igual discernimiento.
¿Qué tranquilidad espera
tener jamás en su casa,
el infeliz que se casa
con suerte tan lastimera?
El matrimonio es un lazo
que, además de lo que liga,
á los cónyuges obliga
á ser de su prole el brazo;
y el hombre no ha de lograr
tener en su esposa fe
cuando gastando la ve
lo que él no puede ganar.
(*Transición.*)
Ya sé que algunos casados
son pobres y al par felices,
sin que cometan deslices
ni dejen de ser honrados;
más sé cual todos también,
que matrimonios así
no son comunes aquí
y raros casos se ven.
Pero una vez que os amáis,
y de ello me he convencido,
casaros he decidido
y espero me complazcáis.

JUAN. (*Turbado y confuso.*)
Pero señor...

D. FRANC. (*A Juan y María.*)
Aceptad:
yo os daré cuatro mil duros
para sacaros de apuros.
¿Os bastan?

MARÍA. (*Alborozada.*) Con la mitad.

JUAN. ¿Con la mitad? Ya lo creo;
con mucho menos me sobra
para que ponga por obra
mi más ardiente deseo.

D. FRANC. Entonces no hay más que hablar.

ELENA. (*Aparte.*)
¡Qué bueno es!

JUAN. (*A María con regocijo.*) ¡Vaya un don!

D. FRANC. Oid una condición
que impongo.

ELENA. ¡Paco!...

D. Franc. (*A María.*) A callar.
Juan. (*Aparte.*)
¿Qué será? Yo me confundo.
D. Franc. (*A Juan y María.*)
Tan pronto como os caséis,
lejos de aquí partiréis.
María. (*A D. Francisco, sorprendida.*)
¿Irnos de aquí?
D. Franc. (*Bajo á María.*)
Yo me fundo.
(*A Juan y María.*)
Cuanto más lejos vayáis,
más satisfecho estaré.
(*A María bajo.*)
¿Has comprendido por qué?
María. (*Admirada.*) ¡Ah!
D. Franc. (*A María y Juan con gravedad, en ademán de abandonar la escena.*
¡Que muy felices viváis!
Luis. (*Deteniéndole en el acto.*)
Un momento y á dormir.
D. Franc. Sé breve.
Luis. Pocas palabras,
y tu que mi dicha labras
con gusto las vas á oir.
Las mujeres son buenas ó son malas.
¿Son buenas? Las ofenden los recelos.
¿Son malas? Pues se ríen de los celos
y en lugar de enmendarse cobran alas.
D. Franc. Cierto.
Juan. Es verdad.
Luis. ¿Me aplaudís
á pesar de cuanto he hecho?
D. Franc. ¿Por qué no? A lo hecho pecho,
y á vivir.
Elena. ¡Bien por Luis!

FIN

PRECIO: UNA PESETA

Queda autorizada su representación, sin pago de derechos, en toda España.

Los pedidos de ejemplares, á su autor, San Bruno, 1, principal, Madrid.